

«¿Cuándo te has sentido realizado y útil?»

«HUELLAS DE EXPERIENCIA CRISTIANA»

16. Vocación

por Luigi Giussani*

El hombre solo encuentra la energía necesaria para la acción en la claridad y la seguridad.

El advenimiento del Espíritu arrolló la pusilanimidad de los apóstoles, y suscitó la aventura más intensa, valiente y dinámica que conoce la historia del espíritu humano.

«Tú solo, Señor, me haces vivir tranquilo»¹. El descubrimiento de Cristo como centro de todo elimina el miedo y le da al hombre una capacidad de señorío en la relación con todo: «Todo es vuestro, vosotros de Cristo, y Cristo de Dios (*omnia vestra sunt, vos autem Christi, Christus autem Dei*)»².

Esta nueva cultura obliga más concretamente a una concepción densísima de la vida, como una actividad ininterrumpida y una responsabilidad sin escapes. Tal actividad es un verdadero «servicio» en cada instante, en cada palabra («Ya comáis, ya bebáis...»³: servicio al reino, es decir, a ese plan para el cosmos en el que Cristo es la cabeza de toda realidad. La existencia de cada cual tiene sentido (por tanto, es auténtica) solo en cuanto está en función de Su reino.

Una función prevista por el Ideal mismo, que ha establecido la trama misteriosa de todo: por eso cada conciencia lo es precisamente en cuanto se da cuenta de estar destinada a una tarea, y esta toma de conciencia nace del encuentro entre Dios y cada hombre, del acontecimiento de la *vocación*.

El lugar donde dicho encuentro se realiza de modo completo es Cristo: la vocación de cada hombre es un acontecimiento que sucede en el ámbito de la realidad personal y misteriosa de Cristo: «Habéis sido llamados en Cristo Jesús...»⁴.

Darse cuenta de la propia vocación, plantear la vida siguiendo su llamada, concebir la existencia como un servicio al Todo: he ahí el compromiso vital de nuestro ser a que obliga lúcidamente el Espíritu de Cristo, dando la fuerza para comenzar y para ser fieles.

La concepción moderna de la vida en ningún aspecto se manifiesta tan lejana del Espíritu de Cristo como en este punto. El criterio con el que la mentalidad de hoy acostumbra a mirar el futuro se centra en el provecho, el gusto o la comodidad para el individuo. El camino que elegir, la persona que amar, la profesión que desarrollar, la facultad donde matricularse: todo está dispuesto de modo que se erija como criterio absoluto la utilidad particular del individuo. Y esto parece tan obvio y supuesto que el vuelco que provoca la llamada resulta, incluso para muchas personas honradas, un desafío al sentido común, un engreimiento, una exageración. Son acusaciones repetidas incluso por educadores que se sienten cristianos, o »

¹ Sal 4,9.

² 1 Cor 3,23.

³ 1 Cor 10,31.

⁴ Cf. 1 Cor 1,9.

* Del libro *Huellas de experiencia cristiana*, Encuentro, Madrid 2009, pp. 105-109.

» por padres a los que preocupa el éxito humano de sus hijos: los juicios sobre las situaciones personales y públicas, los consejos para vivir bien, las advertencias o las reprimendas, todo está dictado desde un punto de vista del que está totalmente ausente la devoción al Todo y la preocupación por el Reino, y exiliada la realidad de Cristo. «¿Hay algo que pueda darme todo? ¿Cómo conseguir la mayor ventaja posible de todo?»: estos son los criterios inmanentes de la sabiduría más extendida y del sentido común más reconocido.

En cambio, la mentalidad cristiana invierte esas preguntas, las contradice, las mortifica, y agiganta justamente el imperativo opuesto: «¿Cómo podré darme con todo mi ser, servir más al Todo, al Reino, a Cristo?». Este es el único criterio educativo de la personalidad humana tal como la ha redimido la luz y la fuerza del Espíritu de Cristo.

La primera juventud es la única etapa donde pueden desarrollarse segura y *fácilmente* la sinceridad lúcida y comprensiva y la magnanimidad tenaz que requiere la concepción cristiana de la propia existencia.

La profunda disponibilidad de toda nuestra vida para el servicio al Todo es de extrema importancia precisamente para comprender *cuál* es la función que estamos llamados a desarrollar, *cuál es la vocación personal*. Lo que debo hacer, lo que debo ser, mi vocación, no se me presenta normalmente como un mandato concreto, sino más bien como una sugerencia, una invitación. La vocación, que es el significado de mi vida, se me presenta más como posibilidad entrevista que como ineluctabilidad inequívoca. Más aún, esto es más verdadero cuanto más fundamental e importante es la tarea que realizar. La conciencia, en su aspecto más puro y sugestivo, es la sugerencia más discreta: es la inspiración. Así, mi estatura personal la decido yo adhiriéndome positivamente a posibilidades delicadísimas.